

## Gente

LA FRASE

“Tengo una Blackberry, pero sólo diez personas tienen acceso a ella. No es tan divertido, porque piensan que estará sujeta a la ley de archivos presidenciales y nadie me manda cosas jugosas”.



Barack Obama

Revelación presidencial el miércoles, en el programa de televisión *The view*.

# Cocteau recupera el tiempo perdido

Su casa de campo en Milly-la-Forêt es ahora museo de vivencias sufragado por Pierre Bergé, albacea de su obra

ÓSCAR CABALLERO

París  
Servicio especial



La leyenda quiere que haya sido la noticia de la muerte de Edith Piaf, el 13 de octubre de 1963, la que mató a Jean Cocteau, a pie

de teléfono –ese objeto del siglo XX, interlocutor en su célebre *La voz humana*–, en la sala de su casa de Milly-la-Fôret, a menos de una hora de París.

Esa sala, su despacho y su dormitorio, intactos, lápices y pinceles sobre su mesa, son parte de la Maison Cocteau, flamante mu-

seo que costó cinco años de trabajo y 4,5 millones de euros, pagados en parte por Pierre Bergé, albacea de la obra de Cocteau, de quien fue secretario en su juventud.

Édouard Dermit, inolvidable protagonista de *Les enfants terribles*, fue el compa-



**Rural.** Cocteau en el jardín de su casa de Milly-la-Forêt, en Essonne, en 1963

KEYSTONE FRANCE



**Recuerdos vivos.** Imágenes y obras de arte se alternan con fotos del artista. Arriba aparece con Jacqueline y Picasso; en el centro, un retrato que le hizo Andy Warhol; y, sobre estas líneas, cuando le eligieron miembro de la Académie Française. Abajo, su dormitorio. La presencia del poeta, pintor, guionista, realizador y escritor sigue viva en su epitafio: “Sigo entre vosotros”

ñoero de Cocteau durante los 17 años que el poeta vivió en la casa, los últimos de su vida. Cocteau abandonó París porque, ya famoso, “incapaz de decir no y asediado de solicitudes”, decidió poner kilómetros de por medio. Y en esta casa nacieron, además de obra gráfica, *El testamento de Orfeo* y *Requiem*.

Dermit, heredero de Cocteau, guardó la casa y 500 de las 3.000 obras del legado, unas del poeta, otras obsequio de amigos –Picasso, Modigliani, Warhol, Man Ray, Buffet...–, y retratos de las edades de Cocteau.

Dermit cerró con llave, tal cual estaban, despacho y habitación del artista, enterrado por otra parte en la vecina capilla Saint-Blaise des Simples, decorada con sus frescos. El visitante es guiado por una grabación de Jean Marais, fiel entre fieles.

Dermit murió en 1995, y en el 2002 Bergé compró la casa, para convertirla en museo. El arquitecto François Magendie restauró el salón de la planta y, en el primer piso, habitación y despacho.

En el resto de la casa derribó paredes, y Nathalie Crinière y Do-

## Objetos personales, obras de arte y, por todas partes, aromas del autor de ‘La voz humana’

minique Païni, responsables de la exposición *Jean Cocteau*, en el Centre Pompidou, el 2003, montaron museografía.

En el salón, un caballo de tiovivo, trofeos, ciervos de bronce, biombos, estampas eróticas, un Papa con el rostro de Sartre, recuperan entorno barroco y, en el despacho, la máquina de escribir y la pipa de opio esperan el regreso de Cocteau, quien por algo dejó este epitafio: “Sigo entre vosotros”.

Un retrato de Colette, realizado por Cocteau con carboncillo y harina, obliga a reconocer una vez más el talento de un hombre que, por no ser pintor o poeta o realizador o guionista o escritor, fue todo a la vez.

La huella del poeta sigue en el Museo Rodin de París: el joven Cocteau vivió aquí, en un pequeño apartamento, junto a la capilla. Pero su residencia principal estuvo en el 36 de la rue Montpensier, junto al restaurante Le Grand Vefour, con sus más de dos siglos a cuestas, en el que Cocteau compartía mesa con su vecina Colette.

También vecina, la Comédie Française le estrenó *La voz humana*, primer texto contemporáneo en el repertorio de la institución. Más nutritivo, comer en la Méditerranée, en la plazuela del Odéon, con vajilla Cocteau.●

## Jean Marais, copropietario ausente

■ Desde la cama del poeta, por la ventana, se divisan las almenas de un castillo; en la pared, un fresco, atribuido a Jean Marais, las reproduce. Y el busto *Tête de turc*, en el jardín, recuerdo del rodaje de *La Belle et la Bête*, es un regalo de su protagonista, el propio Marais, quien en 1947, finalizado el filme, compró con Cocteau la casa, que sin embargo nunca habitó. En esos años de posguerra, Marais, oficial condecorado en el frente y gran estrella del cine francés, no tenía ningún interés en abandonar París. Pero fresco, busto y copropiedad prueban la perennidad de sus lazos con Cocteau.



Marais, el día del entierro de Cocteau, en Saint-Blaise

AFP

